



Un mismo espacio, diferentes necesidades

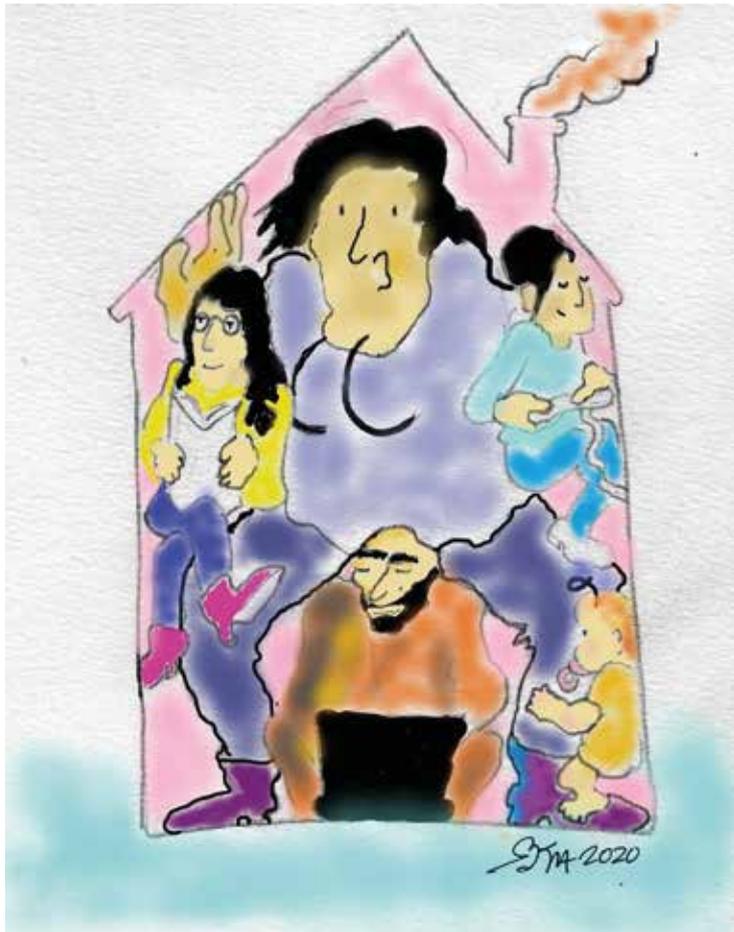


Ilustración: Mira Falardeau

En estos días, nos toca habitar un mismo espacio cotidiano más horas que de costumbre, o de las que deseáramos estar. Y absolutamente todo el tiempo con quienes vivimos. ¡Qué distinto puede volverse ese espacio al ser habitado de esta forma! ¡Y qué distinto o distinta me siento al estar allí continuamente con estas personas a mi alrededor! A ustedes, ¿les estará pasando algo así también?

Porque resulta que yo tenía una forma de vivir mi casa, mi rincón preferido, o el lugar común, pero de pronto me encuentro con que otros quieren también vivir estos mismos espacios y rincones a su manera... Y de maneras muy diferentes a las que a mí me gustan. Quizás a mí me gusta el silencio y a otros la música, o el televisor encendido. Quizás yo necesito un ratito de soledad, cuando mis hijos proponen una actividad conjunta, ¡y justo donde yo estoy! ¡Qué mezcla de necesidades!



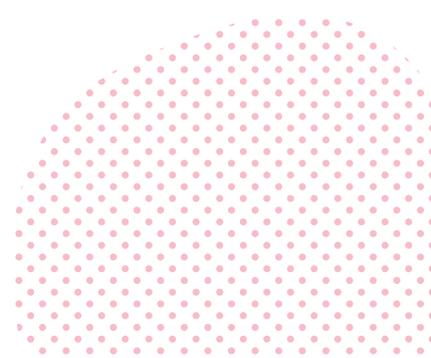
En estos casos, un ejercicio útil es detenerse y observar. Encender el sensor de la atención hacia las otras personas en-su-entorno: mi pareja, mi o mis hijos, especialmente si muestran incomodidad en las situaciones tal como se despliegan en este espacio. ¿Qué sentirán? ¿Qué necesitarán? ¿Qué hacer para que estemos mejor, acá? Puedo dar el primer paso en este ejercicio de observación, como cuando jugamos con las piezas del dominó y empujamos la primera, que va a mover a otras, y éstas, a su vez, a otras...

Es que los espacios en que estamos y nos movemos, nuestra experiencia y emociones están profundamente entrelazados, mucho más que lo nos damos cuenta.

Aquí puede ser útil recordar que los espacios en la casa, aunque sea pequeña, pueden ser flexibles. Pueden servir para diferentes actividades, en diferentes momentos. Destinar algún espacio para un propósito, un rato. Así: “¿vas a hacer la tarea para la escuela? ¿Y si despejamos un poco por acá, así no se mancha el cuaderno?... Y ahí, ¿no habrá algo más de luz?”. Si se “arman” los espacios de a ratos para diferentes actividades, después toca desarmarlos, o rearmarlos para lo que viene después: comer, u otro que necesite buena luz. O dividir en dos el espacio usualmente destinado a una única actividad. Una mesada, una alfombrita... Claro, si estamos tan cerca, no sólo los cuerpos y las cosas pueden invadir el terreno de la otra persona: también las voces, los ruidos...

Reimaginar y consensuar el uso de espacios y tiempos entre quienes los necesitan, puede ayudarnos.

Algunos conceptos científicos con los que se trabaja en esta comunicación: flexibilidad, diseño del espacio, actividad situada, necesidades, espacios-tiempos compartidos, vivienda/hogar.



Chicos y grandes en casa a toda hora: un mundo por compartir y recrear - Iniciativa de comunicación pública de la ciencia.